

**OBRAS COMPLETAS**  
**SHERLOCK HOLMES - Conan Doyle**

© DIADA, 2013

© De esta edición: Innovant Publishing, 2013

© De esta edición: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara SA de Ediciones, 2013.  
Av. Leandro N Alem 720, CABA, Argentina.

ISBN: 978-987-04-2893-0

Hecho el depósito que indica la Ley 11.723  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*  
Primera edición: mayo de 2013

Este libro se terminó de imprimir en Cartoon SA, Av. Paraguay 1820  
Salta Capital - República Argentina

Todos los derechos reservados.

EL VAMPIRO  
DE SUSSEX  
&  
LA INQUILINA  
DEL VELO

Conan Doyle

**AGUILAR**  
COLECCIONES

## *El vampiro de Sussex*

HOLMES acabó de leer cuidadosamente una nota que le había llegado en el último reparto de correo. Luego, con una risita contenida, que era en él lo más cercano a la risa, me la pasó.

—Como ejemplo de mezcla de lo moderno y lo medieval, de lo práctico y lo demencialmente fantástico, creo que éste debe ser indudablemente el límite —dijo—. ¿Qué le parece, Watson?

Leí lo que sigue:

“46 OLD JEWREY

19 de noviembre.

Asunto: Vampiros.

Señor,

Nuestro cliente, el señor Robert Ferguson, de Ferguson & Muirhead, mayorista de té, de Mincing Lane, nos ha dirigido una consulta con fecha de la presente con relación a los vampiros.

Dado que nuestra firma está enteramente especializada en impuestos de maquinaria, el asunto difícilmente queda dentro de nuestra esfera de actividades, y, en consecuencia, hemos reco-

*mendado al señor Ferguson que lo visite a usted y le exponga el caso. No hemos olvidado el éxito de su actuación en el caso Matilda Briggs.*

*Quedamos, querido señor, sinceramente suyos.*

MORRISON, MORRISON Y DODD.  
per E.J.C."

—*Matilda Briggs* no era el nombre de ninguna joven, Watson —dijo Holmes, en tono reminiscente—. Era un buque relacionado con la rata gigante de Sumatra. Es una historia que el mundo no está todavía preparado para oír. Pero ¿qué sabemos de vampiros? ¿Entra eso en nuestra esfera de actividades? Cualquier cosa es mejor que la inactividad, pero lo cierto es que parece como si nos hubieran trasladado a un cuento fantástico de los hermanos Grimm. Extienda el brazo, Watson, y veamos qué nos cuenta la V.

Me eché hacia atrás y tomé el enorme fichero al que Holmes había aludido. Lo sostuvo sobre las rodillas, y su mirada fue pasando, lenta y amorosamente, por el registro donde los viejos casos se mezclaban con la información acumulada a lo largo de su vida.

—Viaje del *Gloria Scott* —leyó—. Fue un feo asunto. Me parece recordar que usted lo puso por escrito, Watson, aunque no puedo felicitarlo por el resultado. Victor Lynch, el falsificador. Veneno..., lagarto venenoso o gila. Un caso notable, ése. Vittoria, la bella del circo. Vanderbilt y el ladrón ambulante. Víboras. Vic-

tor, el asombro de Hammersmith. ¡Vaya, vaya! ¡Querido viejo índice! Nada se le escapa. Escuche esto, Watson: Vampirismo en Hungría. Y también: Vampiros en Transilvania.

Recorrí impacientemente las páginas con la mirada, pero al cabo de una breve lectura ensimismada, dejé a un lado el enorme registro con un gruñido de decepción.

—¡Basura, Watson! ¡Basura! ¿Qué tenemos nosotros que ver con cadáveres andarines que sólo se quedan en sus tumbas si se les clava una estaca en el corazón? Es pura chifladura.

—Pero, indudablemente —dije yo—, el vampiro no es necesariamente un muerto. Una persona viva podría tener la costumbre. He leído algo, por ejemplo, de viejos que chupaban la sangre de jóvenes para apoderarse de su juventud.

—Tiene usted razón, Watson. En una de esas referencias se menciona esta leyenda. Pero ¿vamos a prestar seriamente atención a esta clase de cosas? Esta agencia tiene los pies sobre la tierra, y así debe seguir. El mundo es suficientemente ancho para nosotros. No necesitamos fantasmas. Me temo que no podemos tomarnos al señor Robert Ferguson demasiado en serio. Quizás esta nota sea suya, y pueda arrojar alguna luz sobre lo que lo preocupa.

Tomó una segunda carta que había permanecido olvidada sobre la mesa, mientras había estado absorto en la primera. Empezó a leerla con una sonrisa divertida en el rostro, pero esa expresión se fue mutando en otra de intenso interés y concentración. Cuando terminó, permaneció algún rato perdido en

meditaciones, jugueteando con la carta entre los dedos. Finalmente, se despertó sobresaltado de su ensueño.

—Mansión Cheeseman, Lamberley. ¿Dónde está Lamberley?

—Está en Sussex, al sur de Horsham.

—No muy lejos, ¿eh? ¿Y la mansión Cheeseman?

—Conozco esa zona, Holmes. Está llena de viejas casas que llevan los apellidos de los hombres que las construyeron hace siglos. Tiene usted las mansiones Odley, Harvey, y Carriton... A la gente se la ha olvidado, pero sus nombres viven en sus casas.

—Precisamente —dijo Holmes, de manera fría.

Era una de las peculiaridades de su modo de ser, orgulloso y reservado, el que, si bien almacenaba muy rápida y cuidadosamente en el cerebro toda nueva información, raras veces daba muestras de agradecimiento a aquel que se la hubiera proporcionado.

—Estoy por afirmar que sabremos muchas más cosas de la mansión Cheeseman, en Lamberley, antes de haber terminado con esto. La carta es, tal como esperaba, de Robert Ferguson. A propósito, dice que lo conoce.

—¿Que me conoce?

—Mejor léala.

Me dio la carta. Llevaba el encabezamiento citado. Decía así:

“Estimado señor Holmes,

Me ha sido usted recomendado por mis abogados, pero, a decir verdad, el asunto es tan extraordinariamente delicado que resul-

ta sumamente difícil hablar de él. Conciérne a un amigo mío en cuyo nombre actúo. Este caballero se casó hará como cinco años con una dama peruana, hija de un negociante peruano al que había conocido en relación con la importación de nitratos. La dama era muy hermosa, pero su cuna extranjera y su distinta religión determinaron siempre una separación de intereses y de sentimientos entre marido y mujer, de modo que, al cabo de un tiempo, el amor de mi amigo hacia ella pudo enfriarse, y pudo considerar aquel matrimonio como un error. Sentía que había aspectos del modo de ser de su mujer que nunca podría explorar ni entender. Esto era tanto más penoso en cuanto a que ella era la esposa más amante que un hombre pueda desear, y según toda apariencia, absolutamente leal.

Ahora vayamos al punto que le expondré más claramente cuando hablemos. Lo cierto es que esta nota pretende solamente darle una idea general de la situación y averiguar si usted está dispuesto a intervenir en el asunto. La dama empezó a mostrar ciertos rasgos extraños, totalmente ajenos a su carácter habitual, que es dulce y apacible. El hombre ya había estado casado, y tenía un hijo de su primera mujer. El muchacho tenía quince años, y era un chico muy simpático y afectuoso, aunque desdichadamente lisiado a consecuencia de un accidente en su infancia. En dos ocasiones la mujer fue sorprendida en el momento en que atacaba al pobre muchacho, sin la menor provocación por parte de él. Una de las veces lo golpeó con un bastón, causándole un gran moretón en el brazo.

Eso no fue nada, sin embargo, si se compara con su conducta con su propio hijo, un niño que aún no ha cumplido el año. En cierta ocasión, hace cosa de un mes, este niño había sido dejado solo por su institutriz durante unos pocos minutos. Un fuerte grito del niño, como de dolor, hizo volver a la institutriz. Cuando entró corriendo en la habitación, vio a su ama, la señora de la casa, inclinada sobre el niño y, aparentemente mordiéndolo en el cuello. El niño tenía en ese lugar una pequeña herida, por la que salía un hilo de sangre. La institutriz quedó tan horrorizada que quiso llamar al marido, pero la dama le imploró que no lo hiciera, e incluso le dio cinco libras como precio de su silencio. No dio ninguna explicación y, de momento, no se habló más del asunto.

Aquello dejó, sin embargo, una impresión terrible en la institutriz, y, desde entonces, vigiló estrechamente a su ama, y montó una guardia más cuidadosa sobre el niño, al que quería tiernamente. Le pareció que, del mismo modo que ella vigilaba a la madre, la madre la vigilaba a ella, y que, cada vez que se veía obligada a dejar solo al niño, la madre esperaba llegar hasta él. La institutriz guardó al niño día y noche, y día y noche la silenciosa madre vigilante parecía estar al acecho, como el lobo acecha al cordero. Esto le parecerá increíble, y, sin embargo, le ruego que se lo tome con toda seriedad, porque la vida de un niño y la cordura de un hombre puede depender de ello. Finalmente llegó el día fatal en que los hechos no pudieron seguir siendo ocultados al marido. Los nervios de la institutriz

no resistieron; no podía seguir soportando la tensión, y se lo contó todo al hombre. A él aquello le pareció una historia tan descabellada como ahora puede parecérselo a usted. Sabía que la suya era una esposa amante, y, salvo por los ataques contra su hijastro, también una madre amorosa. ¿Cómo, entonces, era posible que hubiera herido a su querido niño? Le dijo a la institutriz que estaba delirando, que sus sospechas eran las de una demente, y que no podían tolerarse semejantes infundios contra la señora. Mientras hablaban, se oyó un grito de dolor. Institutriz y amo se abalanzaron juntos hacia el cuarto del niño. Imagínese sus sentimientos, señor Holmes, cuando vio a su mujer levantarse de la posición de arrodillada, junto a la cuna, y vio sangre en el cuello al descubierto del niño y sobre la sábana. Profiriendo un grito de horror, volvió hacia la luz el rostro de su mujer y le vio sangre alrededor de los labios. Era ella, ella, más allá de toda duda, la que había bebido sangre del pobre niño.

Así está la cosa. Ahora la mujer está confinada en su habitación. No ha habido explicaciones. El marido está medio enloquecido. El sabe, como yo, muy poco de vampirismo, aparte del nombre. Habíamos pensado que era algún cuento fantástico de tierras lejanas. Y, sin embargo, aquí, en Inglaterra, en el corazón mismo de Sussex... Bueno, todo esto podríamos discutirlo mañana por la mañana. ¿Acepta recibirme? ¿Desearía emplear sus notables talentos en ayudar a un hombre aturdido? Si es así, tenga la amabilidad de cablegrafiar a Ferguson,

*Mansion Cheeseman, Lamberley, y estaré en sus habitaciones a las diez.*  
Sinceramente suyo,

ROBERT FERGUSON.

*P.S.—Creo que su amigo Watson jugaba al rugby en el equipo de Blackheath cuando yo era tres cuartos en el de Richmond. Es la única referencia de orden personal que puedo darle.*

—Claro que lo recuerdo —dije, dejando la carta—. El grandulón Bob Ferguson, el mejor tres cuartos como nunca más tuvo Richmond. Fue siempre un tipo excelente. Es muy de él preocuparse por el problema de un amigo.

Holmes me miró pensativamente y meneó la cabeza.

—Watson, jamás lograré alcanzar sus fronteras —dijo—. Hay en usted posibilidades inexploradas. Haga el favor de enviar un cable, como un buen chico: "Estudiaré su caso gustosamente."

—¡Su caso!

—No debemos permitir que piense que esta agencia es un asilo de retrasados mentales. Claro que es su caso. Envíele el cable y olvídese del asunto hasta mañana.

La mañana siguiente, puntualmente a las diez, Ferguson entraba en nuestra salita. Lo recordaba como un hombre alto y flaco, de miembros sueltos, con una veloz carrera que le había permitido burlar a muchos defensas contrarios. Creó que no hay cosa más penosa que encontrarse con los restos naufragados de un atleta a quien se lo ha conocido en su plenitud. Su fuerte

estructura estaba abatida, su pelo rubio era ralo, y estaba cargado de hombros. Temí suscitar en él impresiones correlativas.

—Hola, Watson —dijo; y su voz seguía siendo grave y cordial—. No tiene usted exactamente el mismo aspecto del hombre al que yo tiré por encima de las cuerdas en Old Deer Park. Supongo que yo también debo estar un tanto cambiado. Pero han sido estos últimos días los que me han envejecido. He visto por su telegrama, señor Holmes, que es inútil que me presente como emisario de otra persona.

—Es más fácil el trato directo.

—Desde luego. Pero usted puede suponer lo difícil que resulta hablar así de la mujer que uno está obligado a proteger y ayudar. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo voy a acudir a la policía con semejante historia? Pero hay que proteger a los niños. ¿Es que está loca, señor Holmes? ¡Llevará esto en la sangre! ¿Ha conocido algún caso parecido en su carrera? Por el amor de Dios, déme algún consejo, porque ya no puedo más.

—Es muy natural, señor Ferguson. Ahora siéntese y cálmese, y déme algunas respuestas claras. Puedo asegurarle que yo sí puedo dar muchísimo más de mí, y que confío en encontrar alguna solución. Ante todo, dígame qué pasos ha dado. ¿Sigue su mujer cerca de los niños?

—Tuviémos una escena terrible. Es una mujer amantísima, señor Holmes. Si alguna vez una mujer ha amado a su marido en cuerpo y alma, ésa es ella. Le partió el corazón que yo hubiese descubierta ese secreto, ese horrible e increíble secreto. Ni

quiera dijo nada. No dio a mis reproches otra respuesta que una expresión como enloquecida y desesperada en sus ojos al mirarme, luego se fue corriendo a su habitación y se encerró en ella. Desde entonces se ha negado a verme. Tiene una doncella llamada Dolores que ya estaba a su servicio antes de que se casara... Es una amiga más que una criada. Le lleva la comida.

—Entonces, ¿el niño no está en peligro inmediato?

—La señora Mason, la institutriz, ha jurado que no lo dejará ni de día ni de noche. Puedo confiar por entero en ella. Más que por él estoy inquieto por el pobrecito Jack, porque tal como le dije en mi nota, ha sido atacado por ella dos veces.

—¿Pero sin sufrir heridas?

—No. Lo golpeó salvajemente. Es una cosa todavía más terrible si se tiene en cuenta que es un pobre inválido inofensivo —las duras facciones de Ferguson se dulcificaron al hablar de su chico—. Uno pensaría que la condición del muchacho ablandaría el corazón de cualquiera. Una caída en la niñez y la columna vertebral deformada, señor Holmes. Pero, por dentro, el más dulce y afectuoso de los corazones.

Holmes había tomado la carta del día anterior y la estaba releendo.

—¿Qué otros ocupantes tiene su casa, señor Ferguson?

—Dos criados que no hace mucho que están a nuestro servicio. Un mozo de cuadras, Michael, que duerme en la casa. Mi mujer, yo mismo, mi chico Jack, el pequeño, Dolores y la señora Mason. Eso es todo.

—Conjeturo que usted no conocía bien a su esposa en la época de su matrimonio.

—Hacia sólo unas pocas semanas que la conocía.

—¿Cuánto tiempo ha estado con ella la doncella Dolores?

—Algunos años.

—Entonces, ¿Dolores debe conocer mejor que usted el carácter de su mujer?

—Sí, podría decirse que sí.

Holmes anotó algo.

—Imagino —dijo— que puedo ser más útil en Lamberley que aquí. Es eminentemente un caso de investigación personal. Si la dama permanece en su habitación, nuestra presencia no puede irritarla ni incomodarla. Naturalmente, nos alojaremos en la posada.

Ferguson tuvo un gesto de alivio.

—Esto es lo que yo esperaba, señor Holmes. Hay un tren excelente que sale a las dos de la estación Victoria, si puede venir.

—Claro que iremos. Ahora tenemos un bache de trabajo. Puedo concederle todas mis energías. Naturalmente, Watson nos acompaña. Pero hay uno o dos puntos de los que quisiera estar seguro antes de partir. Esa desdichada dama, tal como lo entiendo, ha atacado, aparentemente, a ambos niños: a su propio hijo y al que usted tuvo del primer matrimonio.

—Así es.

—Pero estos ataques toman formas diferentes, ¿no es cierto?

Ella golpeó a su hijastro.

—Una vez con un bastón, y otra, muy salvajemente con las manos.

—¿No dio ninguna explicación de por qué lo golpeaba?

—Ninguna, salvo que lo odiaba. Una y otra vez dijo esto.

—Bueno, no es algo inusual en las madrastras. Celos póstumos, por decirlo de algún modo. ¿Es celosa la dama por naturaleza?

—Sí, es muy celosa... Es celosa con toda la fuerza de su vehemente amor tropical.

—Pero el muchacho... Tiene quince años, creo haber entendido, y probablemente estará muy desarrollado mentalmente, puesto que su cuerpo está tan limitado en la acción. ¿No dio él ninguna explicación de esos ataques?

—No. Declaró que no había ninguna razón para ellos.

—¿Se llevaban bien en otros tiempos?

—No; nunca hubo amor entre ellos.

—Y, sin embargo, usted dice que es un chico muy afectuoso.

—En todo el mundo no puede haber otro hijo tan ferviente.

Mi vida es su vida. Está absorto en todo lo que digo y hago.

Holmes anotó nuevamente algo. Permaneció un rato perdido en sus pensamientos.

—Sin duda, usted y su hijo eran grandes camaradas antes de este segundo matrimonio. Estaban muy cerca el uno del otro, ¿no es cierto?

—Sí, muy cierto.

—Y el chico, siendo tan afectuoso de naturaleza, estaría muy apegado, sin duda, a la memoria de su madre.

—Sí, mucho.

—Parece ser, desde luego, un interesantísimo muchacho. Otro punto acerca de todo esto: ¿los extraños ataques contra el niño pequeño, y las agresiones contra su hijo, se produjeron en los mismos períodos?

—En el primer caso, sí. Fue como si se hubiera adueñado de ella una especie de frenesí, y hubiera descargado su furia contra ambos. En el segundo caso, Jack fue la única víctima. La señora Mason no tenía quejas en torno al niño.

—Eso, ciertamente, complica las cosas.

—No termino de entenderlo, señor Holmes.

—Probablemente no. Uno se forma teorías provisionales, y espera a que el tiempo o nuevos conocimientos las desbaraten. Una mala costumbre, señor Ferguson, pero el hombre es débil. Me temo que su viejo amigo, aquí presente, haya dado una visión exagerada de mis métodos científicos. Sin embargo, en el punto en que estamos, me limitaré a decir que su problema no me parece insoluble, y que puede contar con que estaremos en la estación Victoria a las dos.

Era ya entrada la tarde de un triste y brumoso día de noviembre cuando, tras dejar el equipaje en la posada Chequers, de Lamberley, viajamos en coche por un largo y serpenteante camino arcilloso de Sussex, y llegamos finalmente a la vieja casa de campo aislada en que vivía Ferguson. Era un edificio grande y complicado, muy antiguo en su parte central, muy nuevo en las alas, con altas chimeneas estilo Tudor y un techo picudo de

lajas de Horsham cubiertas de líquen. Los peldaños de la entrada estaban redondeados por el desgaste, y los viejos azulejos que adornaban el pórtico tenían el emblema de un queso y un hombre, en honor al constructor original.<sup>1</sup> En el interior, los techos estaban estriados por macizas vigas de roble, y los suelos irregulares se combaban en pronunciadas curvas. Un olor a cosa vieja y enmohecida invadía todo aquel vetusto edificio.

Había una gran sala central, y a ella nos condujo Ferguson. Allí, en una gran chimenea anticuada cuyo manto de hierro llevaba inscrita la fecha 1670, brillaba y chisporroteaba un espléndido fuego de troncos.

Mirando a mi alrededor, vi que la habitación era una singularísima mezcla de fechas y sitios. Las paredes medio artesonadas podían muy bien haber pertenecido al caballero campesino del siglo diecisiete. Estaban ornamentadas, sin embargo, en la parte inferior por una línea de acuarelas modernas elegidas con gusto, mientras que en la parte superior, donde un yeso amarillento ocupaba el lugar del roble, colgaba una hermosa colección de utensilios y armas sudamericanos, que se había traído sin duda consigo la dama peruana que estaba en el piso de arriba. Holmes se puso de pie, con esa pronta curiosidad que surgía de su impaciente cerebro, y la examinó con bastante atención. Volvió con mirada pensativa.

1. El nombre de la mansión, "Cheeseman", está formado por "cheese", queso, y "man", hombre. Literalmente: "hombre de queso".

—¡Vaya! —exclamó— ¡Vaya!

Un spaniel, que había permanecido en una cesta en un rincón, se echó a andar lentamente hacia su amo, avanzando con dificultad. Sus patas traseras se movían irregularmente, y arrastraba la cola por el suelo. Lamió la mano de Ferguson.

—¿Qué ocurre, señor Holmes?

—El perro. ¿Qué le ocurre?

—Eso quisiera saber el veterinario. Una especie de parálisis. Meningitis espinal, pensó él. Pero se le va pasando. Pronto estará bien..., ¿no es verdad, Carlo?

Un temblor de asentimiento recorrió la cola flácida. Los ojos tristes del animal nos miraron a todos sucesivamente. Sabía que estábamos hablando de su caso.

—¿Le vino de repente?

—En una sola noche.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Puede que cuatro meses.

—Muy notable. Muy sugerente.

—¿Qué puede ver en ello, señor Holmes?

—Una confirmación de lo que ya pensaba.

—Por el amor de Dios, ¿qué piensa, señor Holmes? ¿Puede que para usted sea un simple ejercicio intelectual, pero para mí es la vida o la muerte! ¡Mi mujer, una asesina frustrada! ¡Mi hijo, en constante peligro! No juegue conmi-go, señor Holmes. Esto es terriblemente serio, demasiado serio.

El grandulón tres cuartos de rugby temblaba de pies a cabeza. Holmes le puso la mano en el hombro, tranquilizadamente.

—Me temo que la solución, señor Ferguson, sea cual sea, le reserva un dolor —dijo—. Se lo atenuaré todo lo que pueda. Por el momento no puedo decir más, pero espero tener algo definitivo antes de salir de esta casa.

—¡Dios quiera que así sea! Si ustedes me disculpan, caballeros, subiré a la habitación de mi mujer, y veré si se ha producido algún cambio.

Estuvo ausente algunos minutos, durante los cuales Holmes reanudó su examen de los objetos curiosos de la pared. Cuando nuestro anfitrión volvió, estaba claro, por su expresión abatida, que no había hecho ningún progreso. Lo acompañaba una joven, alta, esbelta, de tez morena.

—El té está listo, Dolores —dijo Ferguson—. Vigile que su ama tenga todo lo que desee.

—Está muy mal —exclamó la muchacha, mirando a su amo con ojos indignados—. No pide comida. Está muy mal. Necesita un médico. Me daba miedo estar sola con ella sin un médico.

Ferguson me miró con una interrogación en los ojos.

—Me encantaría ser de alguna utilidad.

—¿Recibirá su ama al doctor Watson?

—Que venga. No se lo preguntaré. Necesita un médico.

—Entonces, iré con usted de inmediato.

Seguí a la muchacha, quien temblaba presa de un fuerte nerviosismo, por las escaleras y por un viejo pasillo. Al final

había una maciza puerta laqueada de hierro. Se me ocurrió, al verla, que si Ferguson trataba de llegar por la fuerza junto a su mujer, la cosa no le resultaría fácil. La muchacha se sacó una llave del bolsillo, y las pesadas planchas de roble crujieron sobre sus viejos goznes. Entré, y ella me siguió rápidamente y cerró la puerta.

En la cama había una mujer, evidentemente con mucha fiebre. Estaba consciente sólo a medias, pero cuando entré, unos ojos asustados, hermosos sin embargo, me miraron con miedo. Al ver a un extraño, pareció sentir alivio, y con un suspiro dejó caer nuevamente la cabeza sobre la almohada. Avancé hacia ella pronunciando algunas palabras de confortación, y permaneció quieta mientras le tomaba el pulso y la temperatura. Uno y otra estaban altos, y, sin embargo, mi impresión fue que su condición era más de excitación mental y nerviosa que de auténtica enfermedad.

—Ha estado así un día, dos días. Temó que se muera —dijo la muchacha.

La mujer volvió hacia mí su hermoso rostro encendido.

—¿Dónde está mi marido?

—Está abajo, y le gustaría verla.

—No lo veré. No lo veré —y pareció entrar de nuevo en el delirio—. ¡Un diablo! ¡Un diablo! ¡Oh! ¿Qué puedo hacer con ese demonio?

—¿Puedo ayudarla en algo?

—No. Nadie puede ayudarme. Se acabó. Todo está destruido. Haga lo que haga, todo está destruido.

La mujer debía de sufrir alguna extraña ilusión. Yo era incapaz de imaginarme al honrado Bob Ferguson como diablo o demonio.

—Señora —dije—, su marido la quiere tiernamente. Está muy apenado por lo que ocurre.

De nuevo volvió hacia mí aquellos ojos magníficos.

—Me quiere. Sí. Pero ¿es que yo no lo quiero a él? ¿No lo quiero hasta el punto de sacrificarme antes que romper su querido corazón? Así es como lo quiero. Y, sin embargo, él podría pensar en mí..., pudo evitar hablarme de aquel modo...

—Está muy dolorido, pero es incapaz de entender.

—No, no puede entender. Pero debería confiar.

—¿Por qué no habla con él? —sugerí.

—No, no; no puedo olvidar aquellas palabras terribles, ni su expresión. No lo veré. Ahora, váyase. No puede hacer nada por mí. Dígale solamente una cosa. Quiero a mi hijo. Tengo derecho a mi hijo. Este es el único mensaje que puedo enviarle.

Se volvió de cara a la pared y no dijo más.

Volví a la sala de abajo, donde Ferguson y Holmes seguían todavía sentados junto al fuego. Ferguson escuchó pensativamente mi narración de la entrevista.

—¿Cómo puedo mandarle a su hijo? —dijo—. ¿Cómo voy a saber qué extraño impulso puede dominarla? ¿Cómo podré jamás olvidar cómo se levantó del lado de la cuna con sangre en los labios? —se estremeció al recordar—. El niño está seguro con la señora Mason, y debe seguir con ella.

Una doncella de elegante uniforme, la única cosa moderna que podía verse en la casa, había traído un poco de té. Mientras lo estaba sirviendo, se abrió la puerta y un jovencito entró en la habitación. Era un muchacho que llamaba la atención: cara pálida, cabello rubio, expresivos ojos azul claro que se encendían en su padre. Se abalanzó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos, con el abandono de una adolescente enamorada.

—Oh, papá —gritó—, no sabía que ya estuvieras de vueltas. Habría estado aquí esperándote. ¡Oh! ¡Qué contento estoy de verte!

Ferguson se liberó suavemente del abrazo, con ciertas muestras de turbación.

—Querido muchacho —dijo, dando unos tiernos golpecitos en la rubia cabeza—, he vuelto pronto porque he podido convenecer a mis amigos, el señor Holmes y el doctor Watson, para que vinieran a pasar la velada con nosotros.

—¿Es el señor Holmes, el detective?

—Sí.

El jovencito nos miró de un modo penetrante y, según me pareció, poco amistoso.

—¿Qué me dice de su otro hijo, señor Ferguson? —preguntó Holmes— ¿Podríamos ver al bebé?

—Pídele a la señora Mason que baje al niño —dijo Ferguson. El muchacho se marchó con un andar extraño, bamboleante, que delató a mis ojos médicos que sufría de una afec-

ción espinal. Volvió al poco rato, y, detrás, venía una mujer alta y delgada que llevaba en sus brazos a un hermosísimo niño, de ojos negros y pelo rubio, una maravillosa mezcla de lo sajón y lo latino. Ferguson evidentemente estaba loco por aquel niño, ya que lo tomó en sus brazos y lo acarició tíetidamente.

—Y pensar que alguien pueda tener el corazón tan duro como para hacerle daño —murmuró, bajando la mirada hacia la pequeña mancha roja vivo del cuello del querubín.

Fue en aquel momento cuando casualmente miré a Holmes, para descubrirle una expresión singularísimamente concentrada. Su cara estaba inmóvil, como tallada en marfil, y sus ojos, que por un momento habían mirado a padre e hijo, estaban ahora enfocados, con vehemente curiosidad, en algo que se encontraba al otro extremo de la habitación. Siguiendo su mirada, no pude suponer otra cosa sino que a través de la ventana contemplaba el melancólico jardín mojado. Cierta que había una persiana medio cerrada por la parte de fuera, obstruyendo la visión, pero, con todo, era indudablemente la ventana lo que Holmes miraba con mucha atención. Luego sonrió, y su mirada volvió al bebé. En su cuello regordete estaba la pequeña señal hinchada. Sin decir nada, Holmes la examinó atentamente. Después, tomó y agitó levemente uno de los pequeños puños que revoloteaban ante su cara.

—Adiós, hombrecito. Has tenido un extraño comienzo en la vida. Aya, quisiera tener unas palabras con usted en privado.

Se la llevó aparte y le habló vehementemente durante algunos minutos. Sólo pude oír las últimas palabras, que fueron: «Espero que su inquietud no tarde en quedar apaciguada.» La mujer, que parecía ser una criatura de la especie huraña y silenciosa, se retiró con el niño.

—¿Como es la señora Mason? —preguntó Holmes.

—No muy convincente externamente, como puede ver, pero tiene un corazón de oro, y quiere muchísimo al niño.

—¿Te gusta la señora Mason, Jack? —Holmes se volvió repentinamente hacia el muchacho, cuya expresiva cara se ensombreció. Negó con la cabeza.

—Jacky tiene agrados y desgostos muy acentuados —dijo Ferguson, rodeando con el brazo los hombros del muchacho—. Afortunadamente, yo estoy entre sus agrados.

El chico apoyó arrulladoramente la cabeza en el pecho de su padre. Ferguson lo separó suavemente.

—Vete, Jacky, pequeño —dijo; y contempló a su hijo con mirada amorosa hasta que aquel hubo desaparecido—. Ahora, señor Holmes —prosiguió, cuando el chico ya no estaba—, realmente me doy cuenta de que lo he metido en un problema sin solución, porque ¿qué puede hacer aparte de concederme su simpatía? Debe ser un asunto extremadamente delicado y complejo desde su punto de vista.

—Es ciertamente delicado —dijo mi amigo, con una sonrisa divertida—, pero ahora no me resulta complejo. Ha sido un caso propio para la deducción intelectual; pero cuando esta deduc-

ción intelectual original se ve confirmada punto por punto por numerosos incidentes independientes, entonces lo subjetivo se hace objetivo, y podemos decir confiadamente que hemos llegado a la meta. De hecho, ya había llegado a ella antes de salir de Baker Street; el resto ha sido meramente observación y confirmación.

Ferguson se llevó su gran mano a la arrugada frente.

—Por el amor del cielo, Holmes —dijo, roncamente—, si es capaz de ver la verdad de este asunto, no me mantenga en la inquietud. ¿En qué posición me encuentro? ¿Qué debo hacer? No me importa cómo haya llegado a establecer los hechos, mientras realmente los conozca.

—Desde luego, le debo una explicación, y la tendrá. Pero ¿me permite llevar las cosas a mi manera? ¿La dama puede recibirnos, Watson?

—Está enferma, pero goza de toda su razón.

—Muy bien. Sólo en su presencia podremos aclararlo todo. Subamos a verla.

—No me recibirá —exclamó Ferguson.

—Oh, sí, lo hará —dijo Holmes. Garabateó unas pocas líneas en un papel—. Usted, al menos, tiene la *entréee*, Watson. ¿Tendrá la bondad de entregarle esta nota a la dama?

Subí nuevamente, y entregué la nota a Dolores, quien abrió la puerta cautamente. Al cabo de un minuto oí un grito en el interior, un grito en el que parecían mezclarse la alegría y la sorpresa. Dolores asomó la cabeza por la puerta.

—Los recibirá. Escuchará —dijo.

Ferguson y Holmes subieron a mi llamada. Cuando entramos en la habitación, Ferguson dio uno o dos pasos hacia su mujer, quien se había incorporado en la cama; pero ella hizo con la mano un ademán para detenerlo. Ferguson se dejó caer en un sillón, y Holmes y yo nos sentamos a su lado, después de una inclinación de cabeza a la dama, quien miró a Holmes con los ojos dilatados por el asombro.

—Creo que podríamos prescindir de Dolores —dijo Holmes—. Oh; muy bien, señora, si prefiere que se quede, no tengo nada que objetar. Mire, señor Ferguson, soy un hombre ocupado, con muchas visitas, y mis métodos tienen que ser breves y directos. La operación quirúrgica más rápida es la menos dolorosa. Permítame que antes que nada le diga algo que tranquilizará su espíritu. Su mujer es muy buena, muy amante, y ha sido tratada muy mal.

Ferguson se puso de pie con un grito de alegría.

—Demuéstreme esto, señor Holmes, y estaré en deuda con usted para siempre.

—Lo haré, pero al hacerlo voy a herirlo profundamente en otra dirección.

—No me importa, si libera de culpa a mi mujer. Todo lo demás que hay en el mundo no es nada comparado con eso.

—Permítame contarle, entonces, el curso de los razonamientos que pasaron por mi mente en Baker Street. La idea de un vampiro me resultaba absurda. Y, sin embargo, su observa-

ción era precisa. Usted había visto que la dama se despegó de la cuna del niño con sangre en los labios.

—Cierto.

—¿No se le ocurrió que una herida puede ser chupada con propósitos distintos al de extraer sangre? ¿Acaso no hubo una reina en la historia de Inglaterra que chupó una herida para sacar de ella el veneno?

—¡Veneno!

—Cosa corriente en Sudamérica. Mi instinto percibió la presencia de esas armas de la pared antes de haberlas visto. Hubiera podido tratarse de otro veneno, pero eso fue lo que se me ocurrió. Cuando vi el pequeño carcaj vacío junto al pequeño arco de cazar pájaros, eso era exactamente lo que esperaba ver. Si el niño resultaba pinchado con una de esas flechas impregnadas en curare o en cualquier otro alcaloide diabólico, moriría a menos que se chupara el veneno de la herida. ¡Y el perro! Si alguien fuera a usar un veneno como ése, ¿no lo probaría primero para comprobar que no había perdido sus virtudes? No había previsto al perro, pero al menos lo entendí, y encajó en mi reconstrucción. ¿Entiende ahora? Su mujer temía un ataque de esa clase. Vio que se producía, y salvó la vida del niño; y, sin embargo, no quiso contarle a usted la verdad, porque sabía cuánto quería al muchacho, y temió romperle el corazón.

—¡Jacky!

—Lo estuve observando hace unos momentos, cuando usted acariciaba al pequeño. Su cara se reflejaba claramente en

la ventana, porque la persiana cerrada convertía al cristal en espejo. Vi en esa cara tantos celos, tanto odio cruel, como raras veces he visto en un rostro humano.

—¡Mi Jacky!

—Tiene que afrontarlo, señor Ferguson. Es todavía más penoso por cuanto que ha sido un amor deformado, un amor demencialmente exagerado hacia usted, y probablemente hacia su difunta madre, el que lo ha inducido a actuar. Su alma entera está consumida por el odio a ese espléndido niño, cuya salud y belleza contrastan con su propia deficiencia.

—¡Santo Dios! ¡Es increíble!

—¿He dicho la verdad, señora?

La mujer sollozaba, con la cara hundida entre las almohadas. En aquel momento se volvió hacia su marido.

—¿Cómo podía decirte, Bob? Sabía qué golpe sería para ti. Era mejor que esperara, y que lo supieras por otros labios antes que los míos. Cuando este caballero, que parece poseer poderes mágicos, me escribió que lo sabía todo, me sentí extremadamente feliz.

—Creo que mi receta para el señorito Jacky sería un año de viaje por mar —dijo Holmes, poniéndose de pie—. Sólo me queda una cosa oscura, señora. Podemos entender perfectamente sus ataques contra Jacky. La paciencia de una madre tiene un límite. Pero ¿cómo se atrevió a dejar solo al niño estos últimos dos días?

—Se lo había contado a la señora Mason. Ella sabía.

—Exacto. Eso pensé.

Ferguson estaba junto a la cama, conteniendo los sollozos, con las manos tendidas, tembloroso.

—Creo, Watson, que es el momento de marcharnos —dijo Holmes, en un susurro—. Si usted toma de un brazo a la excesivamente fiel Dolores, yo la tomaré del otro. Eso. Ahora —añadió, cerrando la puerta detrás de él—, creo que podemos dejar que arreglen entre ellos lo que queda pendiente.

Sólo tengo una anotación más sobre este caso. Se trata de la carta que escribió Holmes como respuesta final a aquella con que empezaba este relato. Decía así:

*"Baker Street,*

*21 de noviembre.*

*Asunto: Vampiros.*

*Caballero,*

*En respuesta a su carta del 19, me permito comunicarle que he estudiado el caso de su cliente, el señor Robert Ferguson, de Ferguson & Muirhead, mayoristas de té, de Mincing Lane, y que el asunto ha sido llevado a una satisfactoria conclusión. Agrade-ciéndole su recomendación,*

*Queda, señor, sinceramente suyo,*

*SHERLOCK HOLMES."*